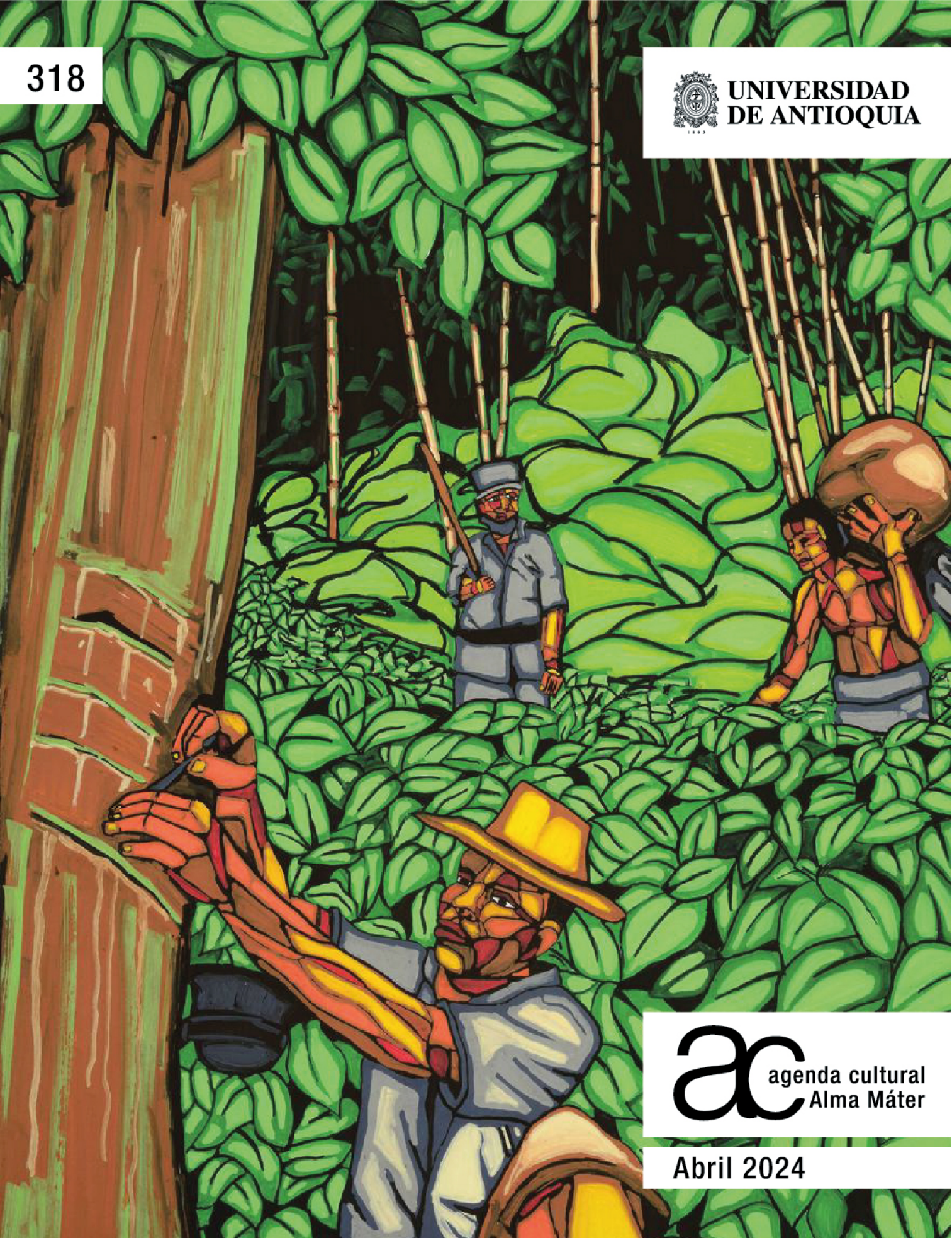






© Canen García, *La vorágine*, "¡Recolección y esclavitud de los caucheros", 2014



© Canen García, portada de *La vorágine*, El Libro Total, 2014

"La voz solemne de la selva lejana", cien años de *La vorágine*

Agenda Cultural • Universidad de Antioquia • N.º 38 • Abril 2024

Publicación cultural e informativa de la Universidad de Antioquia, fundada en 1995

Presidente del Consejo Superior:

Andrés Julián Rendón Cardona, Gobernador de Antioquia

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Vicerrector de Extensión: David Hernández García

Comité Editorial: Oscar Roldán-Alzate (Director), Doris Elena Aguirre Grisales (Editora),

Simón Puerta Domínguez, Luis Germán Sierra Jaramillo, Marta Alicia Pérez Gómez

Diseño: Luisa Fernanda Bernal Bernal

La información y las opiniones incluidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores. No representan posiciones institucionales de la Revista o de la Universidad de Antioquia.

No está permitida la reproducción total o parcial de los textos o de las imágenes, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de los propietarios de los derechos

Agenda Cultural Alma Máter Universidad de Antioquia

Edificio de Extensión, Universidad de Antioquia. Calle 70 N.º 52-72, Piso 6.º

Teléfono: (57) 604 219 51 75. Medellín, Colombia.

<http://agendacultural.udea.edu.co>

Correo electrónico: comunicacionesextensioncultural@udea.edu.co

La Agenda Cultural Alma Máter es una revista universitaria, cultural e informativa de distribución gratuita y circulación mensual

- 1** Editorial
"La voz solemne de la selva lejana", cien años de *La vorágine*
Doris Elena Aguirre Grisales
- 3** Una rama dorada en la selva amazónica
Juan Carlos Orrego Arismendi
- 7** Naturaleza y secularización en *La vorágine*
Norma Donato Rodríguez
- 13** La vorágine de José Eustasio Rivera
Antonio Caballero
- 16** Un viaje por *La vorágine*
Martín Franco Zuluaga
y Manuela González Ochoa
- 20** Hostil desconsuelo
Judith Nieto
- 23** Impresiones de los llanos
Cacería de zainos
José Eustasio Rivera
- 29** Programación cultural

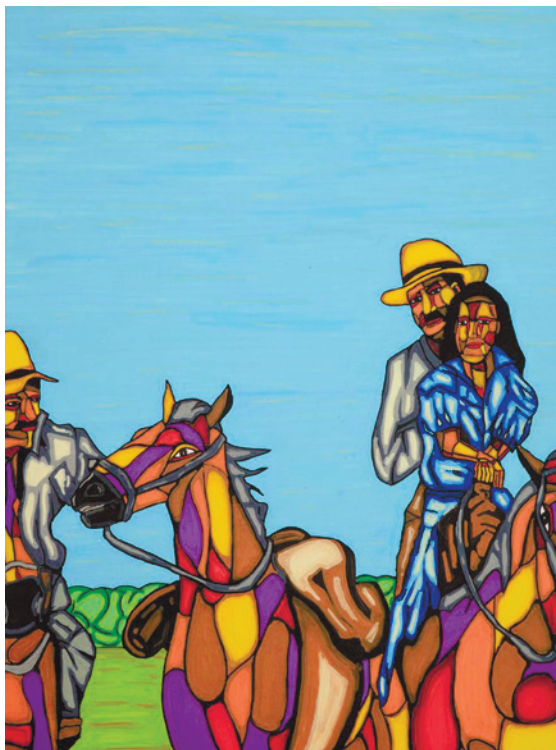
La voz solemne de la selva lejana, cien años de *La vorágine*

Antes que novelista, José Eustasio Rivera fue reconocido como poeta. Con *La vorágine*, publicada en 1924, Rivera ingresa al ámbito de la narrativa de manera contundente e inaugura, al modo de ver algunos críticos de entonces y de ahora, una vertiente híbrida entre literatura realista y literatura naturalista.

Llaman la atención en esta novela, aun ahora, a cien años de su elaboración, el agobiante escenario selvático, la estructuración narrativa, entre ficcional y testimonial, la desmesura de sus caracteres y su lenguaje, protuberante y extraño en sus grafías y sentidos.

Nacido en Neiva, Huila, en 1888, José Eustasio Rivera fue maestro rural y se graduó en Derecho en la Universidad Nacional de Bogotá. Ejerció varios cargos públicos, entre ellos los de representante a la cámara y diplomático, posiciones desde las cuales atacará la explotación esclavista de los indígenas en las selvas colombo peruanas, las atrocidades de las caucherías, ampliamente denunciadas por personajes como Rafael Uribe Uribe y el periodista Benjamín Saldaña Rocca y los desmanes de las compañías petroleras norteamericanas, e intervendrá activamente en las disputas sobre fronteras nacionales con Perú y con Venezuela.

Si bien ya había publicado textos cortos en prosa, en 1921 publicó su primer libro, *Tierra de promisión*, una compilación de 55 sonetos en los que se hace manifiesto aquello que expresa su personaje en *La vorágine*:



© Canen García, *La vorágine*, "La fuga", 2014

quizá mi fuente de poesía estaba en el secreto de los bosques intactos, en la caricia de las auras, en el idioma desconocido de las cosas; en cantar lo que dice al peñón a la onda que se despide, el arbol a la ciénaga, la estrella a las inmensidades que guardan el silencio de Dios.

Y, como lo señala el escritor Julio Paredes, allí, en *Tierra de promisión* se encuentra el germen de

la identificación de su palabra con una naturaleza autóctona, cuyos rasgos podrían hacer pensar también en un territorio primordial más allá del tiempo, y donde su mirada vital de testigo de excepción se cruzaba

con los elementos esenciales de ese mundo tropical, dividido en las tres inmensas zonas del paisaje americano: la selva, o también el bosque tropical, las montañas y las llanuras.

En *La vorágine* coinciden pues, como ya se dijo, elementos varios de distintos movimientos literarios como el modernismo, el naturalismo, el realismo, así como los trazos de distintos géneros entre la épica y la lírica, condición que la ha hecho objeto de todo tipo de aproximaciones críticas desde el desprecio por su empleo a fondo de lo vernáculo hasta la deslumbrada admiración como la primera obra magistral del trópico.

Hoy, a cien años de haber sido publicada, vuelven esas y otras muchas apreciaciones sobre la novela que la sitúan frente a nosotros como una obra inaugural pero también como heredera de su época. Una novela que debería leerse en el contexto de la propia obra del autor, de su época, de la herencia cultural y literaria que tuvo a su haber, pero también con el interés por ese “admirable artista visual para quien el mundo es una fiesta deslumbrante de luces y colores”, al decir de Eduardo Castillo. Un libro legible, quizá haciendo caso omiso de quienes se empeñan en creer que la literatura se enemistó definitivamente con el lenguaje, con la prodigalidad de los sinónimos y con las palabras que inauguran mundos, allende la gris y eficiente cotidianidad.



© Canen García, *La vorágine*, “¡Y la manigua se los comió!”, 2014

José Eustasio Rivera tenía cuarenta años cuando murió en Nueva York, en 1928. Quería traducir su obra al inglés y elaborar un guion cinematográfico de su novela. Ahí queda su testimonio:

*Soy un grávido río, y a la luz meridiana
ruedo bajo los ámbitos reflejando el paisaje;
y en el hondo murmullo de mi audaz oleaje
se oye la voz solemne de la selva lejana.*

Doris Elena Aguirre Grisales

Canen García

Es un artista santandereano (Bucaramanga, 1975). Se graduó en Arquitectura y actualmente reside en Barcelona. Además de la pintura, ha incursionado en áreas como la escenografía, la dirección de arte cinematográfico, la ilustración, el diseño y la publicidad.

Las ilustraciones de su autoría, incluidas en la portada y en las páginas de la Agenda Cultural Alma Máter, hacen parte de la edición que de *La vorágine* hizo El Libro Total en 2014.

Datos de contacto: canen.pintura@gmail.com / www.canengarcia.jimdo.com / <https://www.facebook.com/canen.pintura/>

Una rama dorada en la selva amazónica

Juan Carlos Orrego Arismendi

Como ocurre con los libros realmente clásicos, hablar de *La vorágine* (1924) azuza el recuerdo de muchas otras obras. Por ejemplo, las palabras con las que se echa a rodar la primera parte —“Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia” — traen a la cabeza a *María* (1867), de Jorge Isaacs, de la que con toda deliberación quiere diferenciarse la novela centenaria de José Eustasio Rivera: casi en el segundo cuarto del siglo xx, el camino de la inocencia ya no conducía a la seducción, de modo que un amante ideal solo podía ser inmoral y turbulento.

Entre buena parte de los lectores de *La vorágine*, es común la invocación de las páginas de Joseph Conrad; particularmente, las de esa magnífica —pero terrible— fábula de la condición humana que es *El corazón de las tinieblas* (1899). Sin embargo, quizá se trate de una asociación facilista, motivada nada más que por el factor común de la selva ecuatorial, escenario de ambas tramas. Desde otro punto de vista, se distinguen dos historias radicalmente opuestas. Mientras que en la novela de Conrad —como en muchos relatos del escritor polaco— el gran tema es el descubrimiento de la desnuda condición humana tras el roto disfraz de la cultura, en la novela de Rivera se trata de alimentar la farsa y entregarse a ella. Arturo Cova sigue el rastro de Alicia, no tanto porque le interese recuperarla, sino para poder representar, ante sí mismo, el papel del héroe brioso y del vengador implacable. Conrad entrevé el fin del proyecto social humano, mientras que Cova se entrega



La vorágine, Loquileo, 2016

a él con una vehemencia que lo reafirma: el poeta aventurero cree en la literatura, el poder, la camaradería, el negocio, el ajuste de cuentas, el dominio sobre la mujer.

Igualmente socorrida es la comparación con *la Divina comedia*. Hay más razón para ella, sin duda, habida cuenta de que se trata, en ambos libros, de un viaje en pos de una mujer perdida y de un viaje en el que se atraviesan regiones claramente demarcadas, cada una colmada de sus propios horrores. Con todo, no deja de incomodar la sospecha de que el vínculo entre las obras de Dante y Ri-

vera nazca de ver, en la selva amazónica, un “infierno verde”; sería, como en el caso de *El corazón de las tinieblas*, una asociación poco imaginativa. Rafael Humberto Moreno-Durán, en un ensayo sobre *La vorágine* —“Las voces de la polifonía telúrica”, incluido en *Denominación de origen. Momentos de la literatura colombiana* (1998)—, menciona, con notorio fastidio, el parangón bibliográfico:

[la] *Divina comedia*, texto este que ciertos críticos no cesan de invocar con insoportable recurrencia, acaso convencidos por el propio Rivera, quien menciona profusamente a Dante y su obra a través de referencias veladas y explícitas, de múltiples adjetivaciones a lo largo de su novela.

Mucho más sorprendente es otro vínculo que, en el mismo ensayo, propone Moreno-Durán. Es el que habría entre *La vorágine* y *La rama dorada* (1890), de James George Frazer, que es, quizá, el libro más popular de la antropología decimonónica. En su voluminoso trabajo, el sabio escocés pretendía explicar, con base en datos etnológicos, una leyenda de la Antigüedad: la de la sucesión del sacerdocio mágico en el bosque de Nemi, ubicado cerca de Aricia (en la región italiana del Lacio) y en el cual se rendía culto a Diana. De acuerdo con una tradición de origen griego, el santuario había sido levantado por Orestes, quien, con su hermana Ifigenia, venía huyendo desde el Quersoneso Táurico (la actual Crimea). Un sacerdote solitario —el “*Rex Nemorensis*”—, sumido en la penumbra del bosque, rondaba y cuidaba el santuario, pero, sobre todo, temía por su vida porque un esclavo fugitivo podía, con la rama de un árbol singular que crecía en el lugar, matarlo y sucederlo en el cargo. La rama —una rama dorada— sería la misma que menciona Virgilio en el libro sexto de la *Eneida*, y que el héroe protagonista encontró al seguir el vuelo de dos palomas para, luego, usarla como sal-

voconduco en el inframundo. En la soberbia interpretación que Frazer ofrece de la leyenda en el penúltimo capítulo de su tratado —al menos, en la versión en compendio de 1922—, la rama dorada viene a representar la presencia del rayo —el fuego enviado por los dioses— en medio del mundo terrenal.

Moreno-Durán hace notar, con acierto, que también en *La vorágine* el principio de todo es la huida de un hombre y una mujer cuyo destino final son los “bosques profundos”; asimismo, advierte que la población que la leyenda antigua sitúa como elemento opuesto al bosque es Aricia, palabra muy cercana al nombre de Alicia, quien de algún modo representa, en medio de la selva amazónica, la ciudad de la que se ha escapado. Como si fuera poco, el cauchero Barrera hace las veces de “guardián del árbol”, hasta que Cova llega para matarlo, después de lo cual el nuevo *Rex Nemorensis* “se pierde en los dominios del bosque” (o, para decirlo con las palabras del propio Rivera, después de lo cual a Cova y a sus acompañantes “los devoró la selva”). El escritor y crítico tunjano cree ver otros indicios que unen a Frazer y Rivera, y tanto se entusiasma con las coincidencias que, incluso, llega a forzarlas. Por lo menos, ese es el sabor que deja la ocurrencia de que Zoraida Ayram representa el “puro fuego” que arde en la rama dorada, puesto que, difícilmente, podría el calor sexual de una caporal desvergonzada tomar el lugar de los prodigiosos rayos celestiales, generadores de vida en su versión solar y, por eso, ajenos a la penumbra sangrienta de las barracas del Guaracú.

Ni siquiera la infinita erudición de Eduardo Neale-Silva —autor de *Horizonte humano. Vida de José Eustasio Rivera* (1960), el mejor libro escrito alguna vez sobre la vida y obra del literato huilense— arroja una luz clara sobre las lecturas antropológicas del nove-



© Canen García, *La vorágine*, "La carga de don Clemente Silva", 2014

lista. Aunque Rivera no hubiera sido el más vehemente de los indigenistas, su obra revela un conocimiento preciso de algunas etnias llaneras y selváticas. Por ejemplo, el novelista sabía que algunas culturas usaban el yagé en sus ritos, y, en el caso concreto del pueblo guahibo del Meta, conocía la costumbre de la covada, según la cual, tras el parto, es el hombre quien convalece. El pasaje de *La vorágine* en el que se vierte el dato combina la perspectiva objetiva de la etnografía con cierto pintoresquismo prejuiciado:

El padre, al punto, se encama a guardar dieta, mientras la mujer le prepara cocimientos contra las náuseas y los cefálicos [...]; y el cónyuge follón, de cabeza vendada con hojas, se quejaba desde el chinchorro y pedía cocos de chicha para aliviar sus padecimientos.

Como quiera que sea, poco o nada logra saberse sobre las lecturas de Rivera en libros de etnología clásica. La coincidencia entre los movimientos de Orestes e Ifigenia, y Cova y Alicia, por sugestiva que sea, bien puede deberse a la inmanencia de las estructuras míticas. Bien visto, todo viaje es una huida, y la cultura y la naturaleza son los únicos polos hacia los que se va o se viene.

Sin dejar de pensar en la relación entre *La vorágine* y *La rama dorada* como un hecho apenas abstracto, cabe considerar un dato impensado para Moreno-Durán. Se trata, en concreto, de una ardilla. En un momento particularmente tortuoso de la travesía selvática, Cova, trastornado, se desvía del grupo para ir tras una “ardilla blanca”. Lo cierto es que no las hay de ese color en el Amazonas, y, de hecho, son escasas en el mundo. En 2015, el fotógrafo de animales Andrew Fulton se jactó de haber retratado una cerca de Northwich, en Inglaterra, y dijo que lo único que esperaba era que no fuera la última que lograra ver en su vida.

Ahora bien, también es una ardilla la protagonista de uno de los pasajes más célebres de *La rama dorada*: el primer párrafo del capítulo noveno, “El culto de los árboles”, en el cual Frazer cuenta que los bosques europeos llegaron a ser a tal punto dilatados y espesos que, en la selva de Arden, “una ardilla podría cruzarla entera saltando de árbol en árbol en una extensión semejante a la del total de Warwickshire”. La singular noticia, muy probablemente, inspiró a Italo Calvino la novela *El barón rampante* (1957), en la que Cosimo Piovasco di Rondò sube a un árbol a los doce años y jamás vuelve a poner un pie en tierra. Como no sea en la literatura infantil, no es común que una ardilla llame la atención de un novelista, al punto de encarnarla en un personaje humano o ponerla en el centro de un delirio amazónico.

En la interpretación que corona *La rama dorada*, Frazer ve en el sacerdote de Nemi al espíritu del árbol tocado por el rayo. Al hilar más delgado con la misma lógica animista, vendría a resultar que la ardilla es la ocurrencia primordial del intelecto humano frente a esa clase de objeto adorado: si se cree que en un árbol tocado por la gracia divina habita algún tipo de alma o conciencia, nada tan natural como suponer que ella se expresa en los animales más cercanos a la planta. De ahí que la ardilla de Arden no sea una mera noticia curiosa de Frazer en su capítulo noveno, ni la ardilla blanca de Cova un mero rapto de la imaginación modernista. Este último caso se antoja sugestivamente coherente: el espíritu del árbol de la siringa, henchido con la codiciada leche del caucho, solo podría encarnar como una criatura de albura desconcertante.

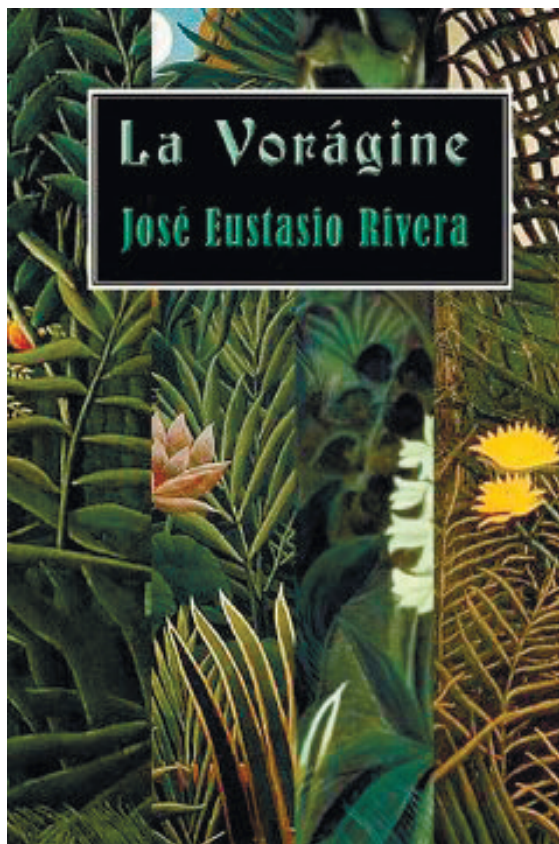
Juan Carlos Orrego Arismendi es profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Naturaleza y secularización en *La vorágine*

Norma Donato Rodríguez

La presencia de la naturaleza en *La vorágine* es tan frecuente y compleja, que algunos críticos le han dado un papel protagonista. Para analizarla, es necesario establecer la relación de la naturaleza con el narrador. En la medida en que la narración de la novela obedece a la del diario íntimo de Arturo Cova, el protagonista, todo aquello exterior a él que se muestre en el relato está atravesado por su mirada, por su forma de comprender el mundo. Según esto, me propongo analizar la naturaleza en *La vorágine* a través de las preocupaciones de Cova que, según mi hipótesis, tienen como centro la pregunta por “el sentido o sin sentido de los acontecimientos”.¹

Es importante señalar que la forma en que aparece la naturaleza no puede diferenciarse de la forma en la que Cova la percibe, ya que sólo teniendo clara esta dependencia, tal figura cobra sentido como ejemplo de la actitud secularizada del protagonista que puede señalarse en cuatro aspectos. En primer lugar, la noción inicial de Cova sobre ella permite ver la idea de “sacralización de mundo” propuesta por Gutiérrez Girardot. En segundo lugar, se lleva a cabo una modificación en la visión que Cova tiene sobre la naturaleza, la cual obedece a experiencias concretas que desencadenan una transformación en su forma de percibirla. Esta modificación es lo que se puede identificar como actitud secularizada, en la medida en que no es la idea la que define el objeto percibido, en este caso la naturaleza, sino que son las experiencias las que llevan al sujeto a modificar dichas ideas; al renovar



La vorágine, CreateSpace Independent Publishing Platform, 2013

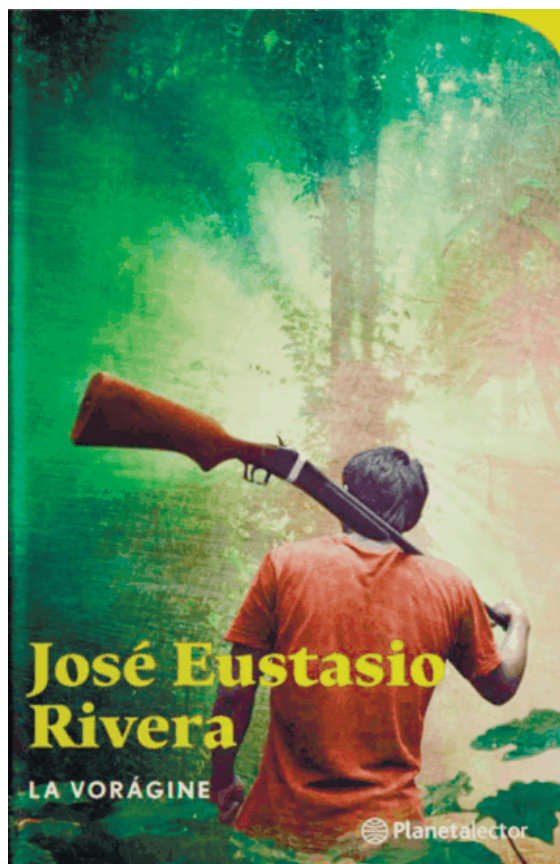
la noción que el sujeto secularizado tiene de determinado objeto, se ajusta la idea a la experiencia; siguiendo a Gutiérrez, se acomoda el pensamiento y el sentir al mundo, que es inmanente de manera absoluta. En tercer lugar, el sujeto desmitifica su noción primera, en la medida en que descubre que la correspondencia entre él y la naturaleza deja de ser armónica para convertirse en algo que le aterroriza; es decir, pasa de una correspondencia positiva a una negativa. Finalmente, la venganza que ejerce la naturaleza contra Cova, a causa de hechos

ajenos a él, le lleva a experimentar su figura como una fuerza carente de sentido.

La naturaleza aparece con dos rostros distintos a lo largo de la novela. El primero es el de los Llanos. Allí, se muestra un paisaje amable y apacible a los ojos de Cova:

Mientras apurábamos el café, nos llegaba el vaho de la madrugada, un olor a pajonal fresco, a surco removido, a leños recién cortados, y se insinuaban leves susurros en los abanicos de los moriches. A veces, bajo la transparencia estelar, cabeceaba alguna palmera humillándose hacia el oriente. Un regocijo inesperado nos henchía las venas, a tiempo que nuestros espíritus, dilatados como la pampa, ascendían agradecidos de la vida y de la creación.²

Este pasaje permite ver el regocijo que el espectáculo natural produce en Cova, el cual le lleva a dar gracias por la vida y la creación. Junto a esto, se puede deducir que el gozo que provoca la manifestación de la naturaleza está relacionado con el lugar que ofrece al personaje. En este espectáculo, todo parece tener su función: el pajonal despliega su fragancia, los moriches susurran, la palmera acentúa la inmensidad de la llanura y esta última es una metáfora del espíritu del narrador, que se ha henchido con todas las sensaciones descritas. De esta manera, parece que todo el paisaje busca agradecer a Cova. El lugar del protagonista allí es entonces doble. Por un lado, es testigo de la belleza que se le ofrece; por otro, tanto el paisaje como el personaje son creación, son vida, y en esa medida, comparten las mismas características, son parte de la misma obra. Así, se puede ver una correspondencia positiva entre la naturaleza y el personaje, pues encuentra un lugar en el paisaje y se siente identificado con él.



La vorágine, Planeta, 2019

La correspondencia entre el protagonista y la naturaleza se puede apreciar también en la exteriorización de los sentimientos, los cuales se muestran en el paisaje. De esta manera, la tristeza del personaje está expresada en el paisaje y el paisaje triste genera sentimientos en Cova, como lo muestra el siguiente fragmento:

Mientras proseguimos silenciosos principió a lamentarse la tierra por el hundimiento del sol cuya vislumbre palidecía sobre las playas. Los más ligeros ruidos repercutieron en mi ser, consustanciados a tal punto con el ambiente, que era mi propia alma la que gemía y mi tristeza la que, a semejanza de un lente opaco, apenumbra todas las cosas (...).³

La unión entre naturaleza y sujeto que se puede apreciar en los ejemplos anteriores

permite ver que para Cova esta tiene un rostro amable, con el cual se identifica al punto de creerse consubstancial a ella. En dicha consubstancialidad reside la respuesta del personaje a la pregunta por el sentido de sus experiencias. Así, la explicación a la existencia del paisaje está en que el protagonista puede apreciarlo y la razón de existencia de Cova está en que hace parte del panorama que admira. De tal manera, la experiencia con el paisaje le lleva a sentir una correspondencia entre su alma y la naturaleza, lo cual le hace creer que el sentido de su vida es la unión con ella.

Tal correspondencia positiva del personaje con la naturaleza permite ver la idea de sacralización de mundo que Gutiérrez Girardot describe. Según este autor, con la pérdida de fe en un orden trascendental, el hombre buscó la orientación de sus experiencias en el mundo mismo. Esta búsqueda de sentido significó que se erigieran como principios fundamentales aspectos inmanentes. En los ejemplos que plantea Gutiérrez Girardot, el krausismo y el positivismo dieron ese papel a la moral, la familia, la nación, al progreso etc. En el caso de Arturo Cova y su visión de la naturaleza, la sacralización del mundo se puede ver en su idea de consubstancialidad, en la correspondencia entre paisaje y espíritu. En los ejemplos citados se aprecia una correspondencia entre el alma del personaje y la naturaleza como expresión de un todo orgánico cuya composición incluye, aun la “sustancia” del propio protagonista. Dicha totalidad se organiza bajo sus propios principios armónicos, los cuales son interpretados por Cova como rasgos configuradores de sentido de la realidad y de su propia existencia. De esta manera, la unión con la naturaleza, que aparece como totalidad con sentido propio, es para el héroe la instauración de un sentido en su vida, de un princi-



La vorágine, Pígmalión, 2022

pio organizador al cual no se puede faltar, y en esa medida, sagrado. Así, la instauración de un sentido de mundo, que parte de su sustancialidad y no de algo trascendente, es decir la sacralización del mundo, tiene lugar en esta primera visión de la naturaleza que narra Cova.

Sin embargo, junto a esta experiencia el personaje vive situaciones que contradicen su primera idea de naturaleza. Ejemplo de ello puede ser la explicación de Clemente Silva sobre el trastorno que sufre Cova durante su travesía por la selva:

— Paisano, usted ha sentido el embrujamiento de la montaña.

— ¡Cómo! ¿Por qué?

— Porque pisa con desconfianza y a cada momento mira atrás. Pero no se afane ni tenga miedo, es que algunos árboles son burlo-

nes. (...) Nadie ha sabido cuál es la causa del misterio que nos trastorna cuando vagamos en la selva. Sin embargo, creo acertar en la explicación: cualquiera de estos árboles se amansaría, tornándose amistoso y hasta risueño, en un parque, en un camino, en una llanura, donde nadie lo sangrara ni lo persiguiera; mas aquí todos son perversos, agresivos o hipnotizantes. En estos silencios, bajo estas sombras, tienen su manera de combatirnos: algo nos asusta, algo nos crispera, algo nos oprime, y viene el mareo de espesuras, y queremos huir y nos extraviados, y por esta razón miles de caucheros no volvieron a salir nunca.⁴

Según Silva, el más sabio “brújulo” de la selva, la configuración del paisaje y la violencia de los hombres contra los árboles hacen que estos últimos tomen venganza, provocando en los viajeros y caucheros una sensación de temor ante el paisaje selvático. Según este pasaje, la naturaleza sigue mostrándose como un todo con lógica propia, pero esta vez no es positiva, pues no acoge amablemente a Cova. Al contrario, la naturaleza muestra que tiene una lógica propia que responde a la acción agresiva de los hombres con violencia y muerte: una vez más la idea de correspondencia entre naturaleza y hombre, pero de manera negativa; es decir, ante el mal comportamiento del hombre, la naturaleza responde con maldad. A esto se podría sumar que el hombre no sólo agrede a la naturaleza al sangrar sus árboles, sino que la violenta al asesinar al hombre mismo, ya que hace parte de ella. Y al vengar también la agresión del hombre contra sí mismo, la correspondencia entre naturaleza y hombre se vuelve contra él.

Cova sufre el trastorno de percepción distinta de la naturaleza descrito por Clemente Silva: ya no es un todo armónico que posee la misma sustancia del personaje,

sino un todo que lo castiga. Esto quiere decir que, si bien existe unidad en la composición de la naturaleza con sus propias y consecuentes leyes, el problema es que Cova ya no es recibido amablemente, ni se siente consubstancial a la naturaleza. Por el contrario, ve un rostro vengador y asesino que le impide seguir identificándose con él. Prueba de ello es que en la selva el personaje describe la naturaleza, ya no como el panorama armónico que le ofrece un lugar de espectador de la belleza y le hace pensarse como parte de su creación, sino que el paisaje que se le ofrece toma la figura de una prisión:

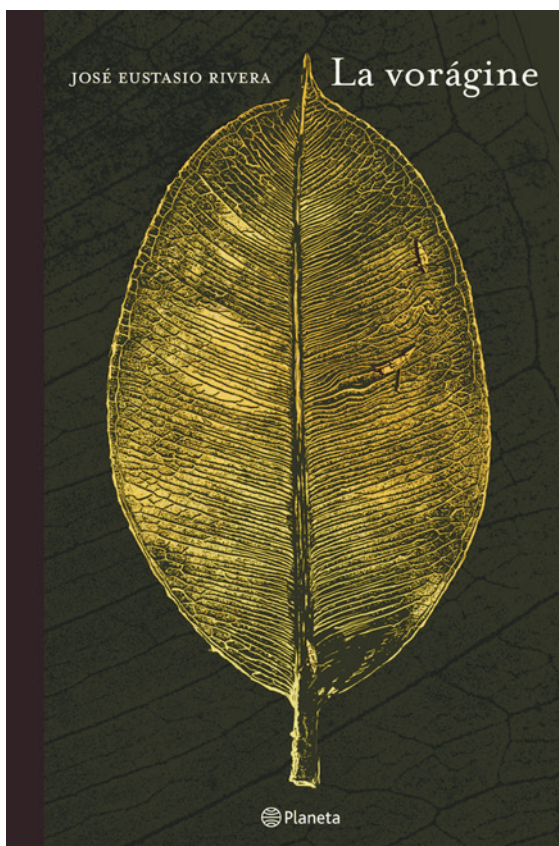
¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos. (...) Déjame huir, oh selva, de tus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad.⁵

La naturaleza ofrece al narrador un panorama en el que él es la presa; ya no es testigo de la inmensidad del cielo ni de la belleza de las estrellas. El “silencio infinito” que en los Llanos significaba un espacio para la contemplación y la unidad con la naturaleza, en la selva resulta terrorífico, es la ratificación de que esta ya no le ofrece otro lugar que el de despojo, ya no le habla sino con una voz amenazante. De esta manera, el personaje padece una nueva experiencia: la naturaleza es una enemiga porque reacciona contra la injusticia del hombre, quien la agrede a ella y al propio hombre. Tal experiencia lo vuelve testigo y víctima de una naturaleza nega-

tiva, pues los elementos que en los Llanos significaban motivo de regocijo, en la selva se tornan terroríficos y le niegan la posibilidad de unirse armónicamente con lo que percibe.

Según esto, el sentido que Cova creía ver en su existencia, a causa de la unión con la naturaleza, se desvanece. Por un lado, lo que parecía ser la unión con la naturaleza se transforma en una correspondencia negativa, de allí que el lugar que el personaje percibe en el paisaje lo hace sentir atrapado y en peligro. Por otro lado, en la medida en que el personaje ya no se identifica con la naturaleza y se siente perseguido, su experiencia en la selva no tiene sentido. Se ve entonces perseguido por una naturaleza superior que le quiere devorar sin razón alguna, debe huir de una persecución causada por actos ajenos a sí mismo, en tanto que no ha “sangrado” ningún árbol, ni ha asesinado a ningún hombre. Así, la venganza ciega de la selva no sólo provoca el desvanecimiento del sentido en la experiencia de Cova, pues ya no existe una correspondencia armónica, sino que pone en evidencia el sinsentido de la persecución; es decir, de su experiencia en la selva.

Los ejemplos citados son una muestra de secularización. En primer lugar, Arturo Cova sacraliza el mundo en su inaugural visión de la naturaleza. Luego, se lleva a cabo una modificación en ella relacionada con las experiencias del protagonista en su contexto; es decir, con el cambio de paisaje, causado por la nueva manifestación de la naturaleza que ahora responde a la violencia del hombre contra ella y contra sí mismo. De esta manera, la idea de naturaleza del narrador se modifica porque las vivencias que ha tenido en su desplazamiento del Llano a la selva le han enseñado un nuevo rostro de ella.



La vorágine, Planeta, 2024

Esta modificación de la idea a partir de la experiencia es lo que, siguiendo a Gutiérrez Girardot, se puede señalar como actitud secularizada, en la medida en que el personaje transforma su noción de la naturaleza a partir de las experiencias que tiene de ella. En tercer lugar, el tipo de modificación en la forma de concebir la naturaleza expresa el carácter secularizado del protagonista, en la medida en que pasa de una mitificación del mundo a la develación de su sinsentido; es decir, en la primera forma de ver la naturaleza, Cova cree en un principio totalizador de los acontecimientos, principio bondadoso con el hombre, razón por la cual su estancia en los parajes descritos es armónica. Pero, con su experiencia en la selva, descubre una naturaleza que, aunque tiene un principio organizador, no es amable con el hombre,

sino que lo violenta y asesina. Esta nueva imagen de la naturaleza le permite ver a Cova que la correspondencia entre espíritu y naturaleza de los Llanos ya no existe, puesto que ni el hombre tiene acciones tan puras que logren armonizar con la naturaleza, ni esta le recibe pacíficamente, al contrario, ella desfoga en él toda su furia y violencia. Por último, el cambio de idea de naturaleza en el narrador es muestra de su carácter secularizado porque en medio del descubrimiento de una naturaleza siniestra, Cova la percibe también como algo sin sentido. Es decir, la naturaleza persigue al personaje como si fuese uno de los caucheros que la desangran. Tal persecución absurda modifica en el protagonista su forma de comprender la naturaleza y hace evidente que ha perdido la fe en una correspondencia positiva que de sentido a su experiencia con ella.

De esta manera, la percepción ambigua de la naturaleza por parte del personaje permite pensar en el artista secularizado de finales de siglo, cuya crisis consiste en percibir la inestabilidad de la idea que se forma del mundo. Por esta razón, la naturaleza es dibujada por Rivera con dos rostros. Una imagen que permite ilustrar la confluencia de las dos formas de aparecer de la naturaleza, es decir, de las dos interpretaciones de Cova, es la figura de la india Mapiripana:

—La indiecita Mapiripana es la sacerdotisa de los silencios, la celadora de los manantiales y las lagunas. Vive en el riñón de las selvas, exprimiendo nubecillas, encauzando las filtraciones, buscando perlas de agua en las felpas de los barrancos, para formar nuevas vertientes que den su tesoro a los grandes ríos. Gracias a ella tienen tributarios el Orinoco y el Amazonas.

Los indios de estas comarcas le temen, y ella les tolera la cacería a condición de no hacer rui-

do, los que la contradicen no cazan nada; basta fijarse en la arcilla húmeda para comprender que pasó asustando a los animales (...).⁶

Según esto, la indiecita es un ser bondadoso que cuida del paisaje y permite que el hombre viva allí, pero también, si es desobedecida, responde contra él. La relación de la india Mapiripana y los hombres es entonces la de la correspondencia entre hombre y naturaleza: en algunos casos positiva, en otros, negativa. La naturaleza, encarnada en la figura de la india, es tanto el rostro siniestro, como el bondadoso. Esta ambigüedad es posible porque el narrador demuestra ser un sujeto secularizado, esto es, que descubre que su noción del mundo no coincide con la percepción y busca otra forma de explicárselo, rompiendo su idea de armonía y consubstancialidad con él. Así, la imagen de la naturaleza, encarnada en la india Mapiripana, deja ver cómo la percepción de un poeta finisecular relata su drama: querer encontrar un principio de explicación inmanente en la naturaleza, que haga de ella un aliado bondadoso, pero encontrarse con una naturaleza cuya lógica también es la de la destrucción.

Referencias

- 1 Gutiérrez Girardot, R. (2004). *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, Fondo de Cultura Económica.
- 2, 3, 4, 5, 6 Rivera, J. E. (2006). *La vorágine*, Cátedra, pp. 89, 195, 294, 190, 226.

Norma Donato Rodríguez es egresada del Departamento de Literatura Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional de Colombia, magíster en Estudios Literarios de la Universidad de Buenos Aires e investigadora del Instituto de Textos y manuscritos modernos de la Escuela Normal Superior de París, Francia, donde adelanta su doctorado.

La vorágine de José Eustasio Rivera

Antonio Caballero

La gran novela de España es sin duda el Quijote: caben en ella más cosas que en la propia España. Se discute sobre si existe una “gran novela norteamericana”, y si es *Moby Dick* de Melville o *Huckleberry Finn* de Mark Twain, o una que quiso escribir Norman Mailer y no pudo. Para Francia la duda está entre la interminable *Comedia humana* de Balzac y la casi igual de larga *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust. En México, el escueto *Pedro Páramo* de Rulfo se lleva por delante las docenas de novelas de Mariano Azuela o de Carlos Fuentes. En Alemania..., etcétera.

La gran novela de Colombia es *La vorágine*, de José Eustasio Rivera.

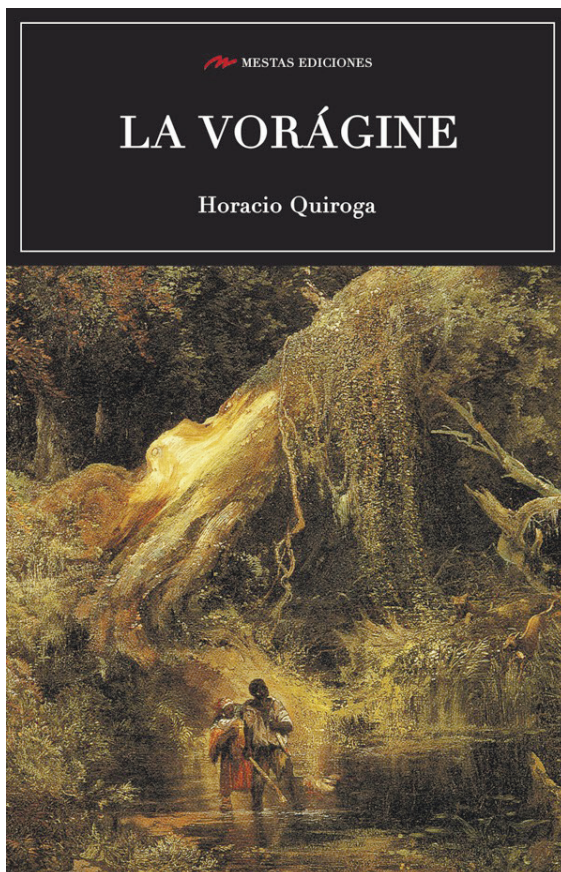
No es un capricho atribuirle nacionalidad a las novelas, ni un mero juego de salón. Los países son su trasfondo necesario. Los Karamazov es un libro inimaginable, inimaginado, por fuera de Rusia. *El Satiricón* no existe sin la Roma de los Césares. El hombre sin atributos necesita al imperio austrohúngaro. Para no hacer exhaustiva la enumeración, vuelvo a *La vorágine*, que es, ya digo, la gran novela de Colombia.

Todo cabe en ella, empezando por varias novelas: la épica romántica del aventurero Arturo Cova, y el folletín lacrimoso del viejo cauchero Clemente Silva, con hija deshonrada, mujer agonizante, hijo fugado, huesos tirados al río. Y caben muchos tonos, muchos lenguajes: el de la denuncia periodística de los horrores del genocidio de los indios y la explotación de los caucheros por la famosa Casa Arana, y al pasar alguna página aparece en persona el legendario Julio César



La vorágine, Uniandes, 2023

Arana, desnudo, “pechudo como hembra”. El lenguaje transido del poeta modernista que era Rivera: a ratos, la novela parece escrita en verso. Y a ratos también alcanza cimas de cursilería. Un ejemplo: “Aquellos celajes de oro y múrce con que se viste el ángel de los ponientes, ¿por qué no tiemblan en tu dombo?” [El dombo verde de la selva]. La prosa de antropólogo: al describir la preparación del cazabe por los indios escribe Rivera: “Echan la mezcla acuosa en el sebucán, ancho cilindro de hojas de palma retejidas cuyo extremo se retuerce con un tremojo para exprimir el almidonoso jugo de la rallada”. Se alternan diálogos natu-



La vorágine, Mestas Editores, 2014. Una triste rareza editorial: una cubierta en la que se atribuye la autoría a otro autor, Horacio Quiroga

rales, realistas, que corren como agua, con otros impostados y teatrales:

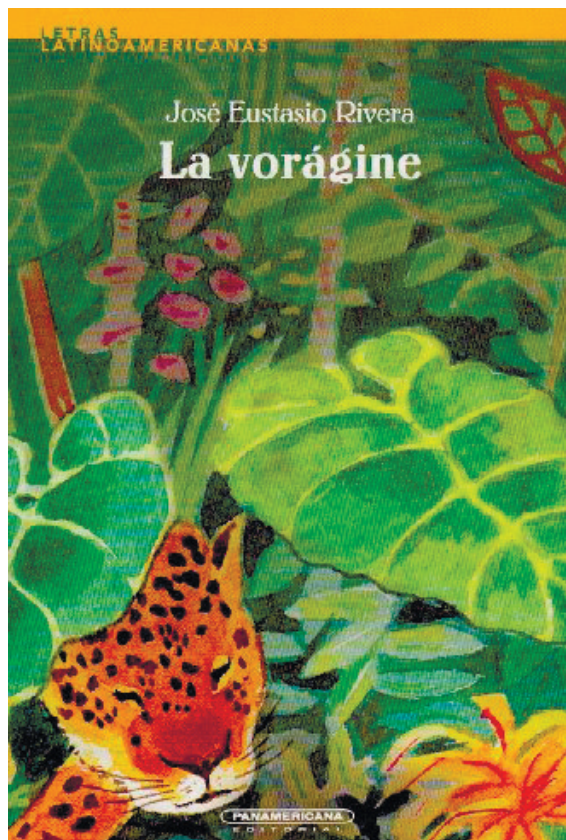
“Mi porte es la triste máscara de mi espíritu, pero por mi pecho pasan todas las sendas del amor”.

“—¡Caballero, no me pellizque! ¡Está equivocado!”

—¡Nunca se equivoca mi corazón!”.

La trama de la historia avanza enrevesada y sinuosa, con meandros de río amazónico, y hasta el autor se pierde y olvida por dónde o para dónde va. Y de golpe, como en un raudal inesperado, todo se resuelve en un estallido de violencia: “A tal punto cundía la matazón, que hasta los asesinos se asesinaron”.

“... Jugué mi corazón al azar, y me lo ganó la Violencia”. Con mayúscula. Con esa frase, que todo colombiano conoce de memoria y que muchos suelen declamar cuando se emborrachan, se abre la novela. Y esa Violencia con mayúscula la impregna toda, como impregna toda la historia y la literatura de Colombia: desde los Varones ilustres, la epopeya en verso de Juan de Castellanos, hasta los sicarios de la mafia que hoy pueblan las telenovelas. La frivolidad de la violencia: “Yo ardía por conocer detalles de esa crónica pavorosa”, dice un personaje hablando del infierno de las caucherías. La violencia, acompañada siempre por “la dominante obsesión de la riqueza” a cualquier precio: el robo, el asesinato, la esclavitud, el genocidio, la traición. Violencia y riqueza, con la miseria y la suciedad y la presencia abrumadora de la naturaleza —inmensidad de los llanos, cerrazón claustrofóbica de la selva—, constituyen el ámbito de la novela, en donde confluye toda Colombia. El propio Arturo Cova, que quiere ser poeta y también, cuando vuelva, presidente de la República, presuntuoso, quejumbroso y violento; su amante cachaca, la desvaída Alicia; un filipichín bogotano refugiado en la selva de sus maromas financieras; llaneros domadores de caballos y coleadores de reses; caucheros ricos; caucheros miserables; un juez corrupto: “Con la justicia no nos metamos, porque nos coge sin plata”. Un gobernador contrabandista; un coronel asesino; una turca lasciva que invoca a Alá; colonos, cuatrerros, ladrones, putas. Y, siempre, la agobiadora naturaleza: “Las aguas corrían al revés y bandadas de patos volteaban en las alturas”. Y el ruido de las palabras: artificioamente poéticas, como albicante, que quiere decir “notable por su blancura”, o altamente especializadas, como belduque, que es un cuchillo pequeño, o fotuto que es una corneta rústica. A veces, por el puro placer del ruido,



La vorágine, Panamericana, 2002

suelta el autor retahílas de nombres de caños y de ríos que ningún lector recordará, pues nunca se repiten: el Vaupés y el río Negro sí; pero ¿el caño Yurubaxí, el correntón de Yavaraté, el río Purús, el Yaguanarí, el Guaracú, el Isana y el Kerarí, el Cababurí, el Maturacá? ¿El Curicuriarí?

Y pasan cosas y cosas en desorden, como en la vida: es una novela realista. Pasan las hormigas tambochas, “un temblor continuo que agitaba el suelo”. Matan a alguien de una cuchillada, y un perro se lo lleva arrastrándolo por una tripa. A alguien se lo comen las pirañas “entre un temblor de aletas y centelleos”. Se roban a dos mujeres. Cae un súbito nublado sobre el llano, doblando hasta el suelo las palmeras. Alguien se vuelve loco por el embrujo misterioso de la selva.

El final se precipita: se nota que también el autor quiere salir de ese embrujo. No aparecen las mujeres robadas, se olvida el caucho, unos personajes se van por un río, otros por otro, se pierden; y la novela se acaba, sin desenlace que respete las normas académicas. “¡Los devoró la selva!”, es la frase con que se cierra el breve epílogo a los papeles dejados por Arturo Cova escrito por el cónsul en Manaos. También es frase sabida de memoria por todos los colombianos.

La vorágine es una novela de 1924. Noventa años después, la Colombia que pinta sigue siendo igual. Sólo ha cambiado la selva devoradora, que hoy es urbana porque hemos talado la otra. Ya entonces un cauchero decía: “Es el hombre civilizado el paladín de la destrucción. [...] Y sus huellas son semejantes a los aludes. Los caucheros que hay en Colombia destruyen anualmente millones de árboles. En los territorios de Venezuela el balatá [caucho negro] desapareció. De esta suerte ejercen el fraude contra las generaciones del porvenir”. Casi ninguno de los animales que Rivera nombra en su novela existe ya, salvo las vacas, que han acabado con la selva. Las bonanzas se han ido: se fue la asesina bonanza del caucho como antes las destructivas bonanzas de la quina o de las plumas de garza, y como después se fue la de la marimba, dejando al país en brazos de la coca, que lo desangra. Porque lo que sigue intacto, como en los tiempos de *La vorágine* o en los más viejos de la Conquista, es la pasión de la violencia.

Prólogo de Antonio Caballero (Bogotá, 1945 - 2021) a la edición de *La vorágine* publicada por el Ministerio de Cultura en la colección Biblioteca Básica Colombiana en 2015. Disponible en: <https://siise.bibliotecanacional.gov.co/BBCC/Documents/Doc/209?AspxAutoDetectCookieSupport=1>

Un viaje por *La vorágine*

Martín Franco Zuluaga y Manuela González Ochoa

“Este año si voy a leer *La vorágine*”, nos dijimos tan pronto como nos enteramos del centenario de la publicación de la mítica obra de José Eustasio Rivera. Ya lo habíamos intentado fallidamente el año pasado, cuando dejamos la lectura unas páginas antes de terminar la primera parte, diciéndonos que ese no era el momento de leer la novela que nos faltaba para completar el que es, a nuestro parecer, el “tríptico” de novelas más destacadas de Colombia, conformado por *María*, *La vorágine* y *Cien años de soledad*. Y es que, precisamente, la pieza central de aquel tríptico es la menos mencionada del grupo; la mayoría de los lectores colombianos puede mencionar algo de la belleza y el romance de la novela de Isaac y ni hablar de la obra que elevó a la literatura colombiana a la mayor expresión del realismo mágico, que pronto se consolidó como una representación del país entero: *Cien años de soledad*.

En cambio, *La vorágine* se queda estática, convulsionando en su nombre; pocas veces se menciona que se leyó en el colegio, como pasa más a menudo con las dos anteriores. *La vorágine* está tan perfectamente contenida en su título que es difícil saber si alguien se ha internado en sus profundidades cuando lo menciona, casi de paso entre los demás títulos de la literatura nacional. Poca sombra pudo hacer a su predecesora *María* y nada pudieron hacer las dos contra la inmensa novela de Gabo. No pretendemos decir nada nuevo de la novela de Rivera, pero sí compartir nuestra experiencia de leerla por primera vez.



© Canen García, *La vorágine*, “La gran amistad entre Alicia y Griselda”, 2014

Hacia el año de 1924 se publicaba la primera edición de una de las obras más importantes en la literatura latinoamericana, *La vorágine*, libro en el cual se narra la historia de Arturo Cova y su amante Alicia, a través de los llanos y la selva, pero tiene más de una historia de fondo. Su autor, José Eustasio Rivera, fue testigo de las condiciones de explotación de la selva y de las personas, sus habitantes, extranjeros o locales, alrededor de la extracción del caucho, y con ello decidió emprender una aventura literaria que conserva su relevancia sin importar cuántos años pasen.

El inicio de *La vorágine* es, sin duda, uno de los inicios más impactantes de toda la literatura: “Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia”. Con esta frase se presenta el protagonista y narrador de Rivera, pero con el paso de los años aquellas líneas resuenan como una presentación de la misma Colombia; es habitual el comentario de que el país no ha cambiado nada en cien años. Y es que *La vorágine* lleva al lector o lectora por un viaje literario donde no existe límite al mostrar la debilidad humana, el egoísmo, la explotación del hombre por el hombre y de la naturaleza, el miedo, y las contrariedades de las decisiones humanas; muestra un retroceso en el desarrollo de la sociedad: la toma de esclavos, la invasión de ecosistemas y termina reflejando una sociedad que parece haberse identificado con la barbarie.

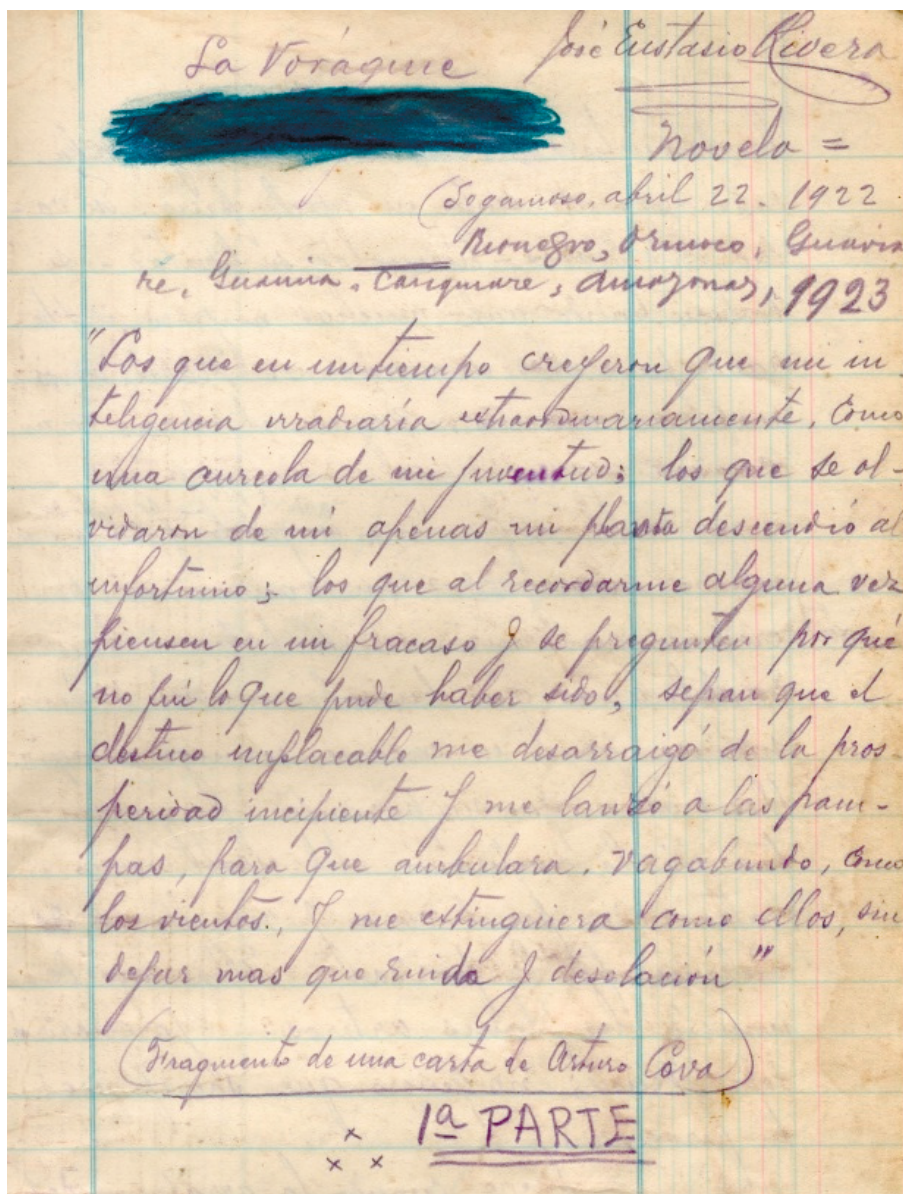
En la novela de Rivera hay un ritmo muy singular; en ella, este no solo responde a la estructuración de la trama, sino a la prosa misma, caracterizada por su poesía: prosa y trama cuentan con un ritmo que obedece a la sinuosidad de un río. Nunca nos desprenderemos de la imagen de Arturo y Alicia rodando por las laderas de la cordillera hasta el llano ni de las atrocidades que los empujan irremediablemente a la selva. La narración de Arturo Cova se intercala con diálogos y con su discurso interior. En toda la novela corren las frases como un río caudaloso que se precipita desde la cordillera hasta perderse en las selvas, arrastrando consigo a todos los que se cruzan en su violento recorrido. La verdadera profesión de su autor, así como la del protagonista de la novela es la de poeta; es por ello por lo que *La vorágine* se puede leer también como un poema novelado modernista que bebe de la milenaria tradición épica que se remonta

hasta Homero. En principio, parece que el lenguaje no concuerda con lo que promete narrar; parece ser más bien un desafío al lector (y lo es). Sin embargo, los diálogos cambian el tono sin previo aviso y aparecen el costumbrismo, el realismo y la narración frenética de escenas profundamente violentas.

La vorágine es uno de esos libros que exige, a quien lo lee, atención a los detalles y a las expresiones utilizadas, pero con una descripción tan amplia de la selva y del llano, que resulta imposible evitar pensar qué veía Rivera en ese entonces para crear descripciones tan precisas y, a la vez, tan encantadoras... tan crueles.

El vocabulario del libro es, por igual, tan variado y exuberante como la selva que retrata y tan simple como la sabana; todo entremezclado. Es una de las riquezas y de los mayores retos de la obra; el autor subrayó los provincialismos de más carácter y elaboró un glosario para su comprensión, pero su número ha crecido por el desuso y los cambios en el habla de nuestros días. A menudo nos topábamos con palabras que no aparecían en el glosario, y eso detenía nuestra lectura buscando el significado cuando no podíamos intuirlo de su contexto (qué bueno hubiera sido aquí una buena edición anotada); también nos topábamos con palabras que conocíamos pero que casi nunca habíamos utilizado. Nos sorprendíamos de la precisión de aquellas palabras, reveladoras de la labor del poeta que escudriña el lenguaje hasta el fondo, interrogándolo, para hallar el vocablo correcto o, en su defecto, para inventarlo.

Al leer el texto, es imposible no sentir las emociones de cada uno de los personajes, no comprenderlos, no simpatizar con ellos.



Manuscrito de *La vorágine*, tomado de la Biblioteca Nacional, colección digital

Cada personaje aporta algo al desarrollo de la historia, cobra protagonismo y da un punto de vista que complementa lo narrado en cada capítulo, algo que muy pocos autores logran hacer, pero que Rivera logra de una manera efectiva. Tantas personas representadas en la novela, desde el más avaro y codicioso, hasta el más "inocente", terminan haciendo que todas las generaciones deseen leer una obra que deja de ser

solo papel y letra y que se transforma en un acontecimiento histórico.

En *La vorágine*, la naturaleza también habla por sí sola, a través de la mirada de Arturo y Clemente Silva: cuando viajan por el río, su miedo es más que evidente y los árboles expresan su descontento por el trato que le han dado los humanos y quieren cobrar venganza, para citar sólo dos ejemplos.

Rivera creó un texto donde trata tantos temas que resulta imposible releer y no encontrar un tema nuevo del cual hablar, analizar o entusiasmarse e investigar. La novela de Rivera, como toda vorágine, no es más que un portal que nos arrastra a profundidades insondables.

Todos nos hemos visto inmersos en la vorágine que consume toda la obra de principio a fin, en las pasiones que dan vida a la novela y que le dan una faceta de humanidad sobrecogedora. Como Arturo Cova, hemos llegado a toparnos con un mundo violento, indolente, que nos ha arrebatado nuestras ilusiones y nos hemos sentido en algún momento arrastrados por la desgracia. Como dijo Cova: “Maldita sea mi estrella aciaga, que ni en vida ni en muerte se dieron cuenta de que yo tenía corazón”. Como los personajes de la novela, hemos sido víctimas de nuestras pasiones y por ellas nos hemos perdido en la jungla del destino. Este es uno de los múltiples sentidos universales de la obra de Rivera.

La fuerza con que está impregnada la novela la hace ir más allá de sí misma, más allá del tiempo —logrando ser actual cien años después—, incluso yendo más allá de las fronteras del país, tanto en la narración como en la difusión de la obra.

En esta novela quedan marcadas las eternas heridas de la nación, como queda descrito en la famosa cita del texto: “El alma es como

el tronco del árbol, que no guarda memoria de las floraciones pasadas sino de las heridas que le abrieron en la corteza”. Es una historia que se desprende de la cordillera, el lugar donde se había asilado la “civilización” en el país y se hunde en las zonas que aún hoy son de las más abandonadas por ese supuesto ente civilizador que es el Estado. Con su denuncia hacia los malos tratos a los indígenas por los trabajadores de las caucherías, incluso a la selva misma, *La vorágine* causa sensación de repudio hacia la ignominia, independientemente de la época en la que sea leída; es una obra para pensar, pero también una donde se refleja una problemática que sigue vigente.

Leer esta novela es hacer un viaje con el protagonista, llegar a un tiempo y a una zona estancados entre el pasado y el presente sin decidirse por alguno y, como en todo viaje, tener los ojos abiertos a paisajes nuevos y exóticos, ser testigos de la crudeza de la realidad y toparnos cara a cara con nuestros misterios y los que nos rodean.

A los lectores y lectoras no nos atrapó la selva, como le sucede a Rivera-Cova, nos atrapó “la vorágine” y esta nos abandonó en la selva. Leyendo *La vorágine* solo podemos esperar algún día salir de ella.

Referencia

Rivera, J. E. (2019). *La vorágine*, Ediciones Artemisa.

Martín Franco Zuluaga es estudiante de Filología Hispánica en la Universidad de Antioquia. Es miembro del Semillero de Edición Crítica. Ha ganado el Premio de Dramaturgia Teatro Estudio (2022) y el Premio Subregional de Cuento Página en blanco (2023), ambos en la categoría juvenil-estudiantil.

Manuela González Ochoa es estudiante de tercer semestre de Filología Hispánica en la Universidad de Antioquia y hace parte del Semillero de Edición Crítica.

Hostil desconsuelo

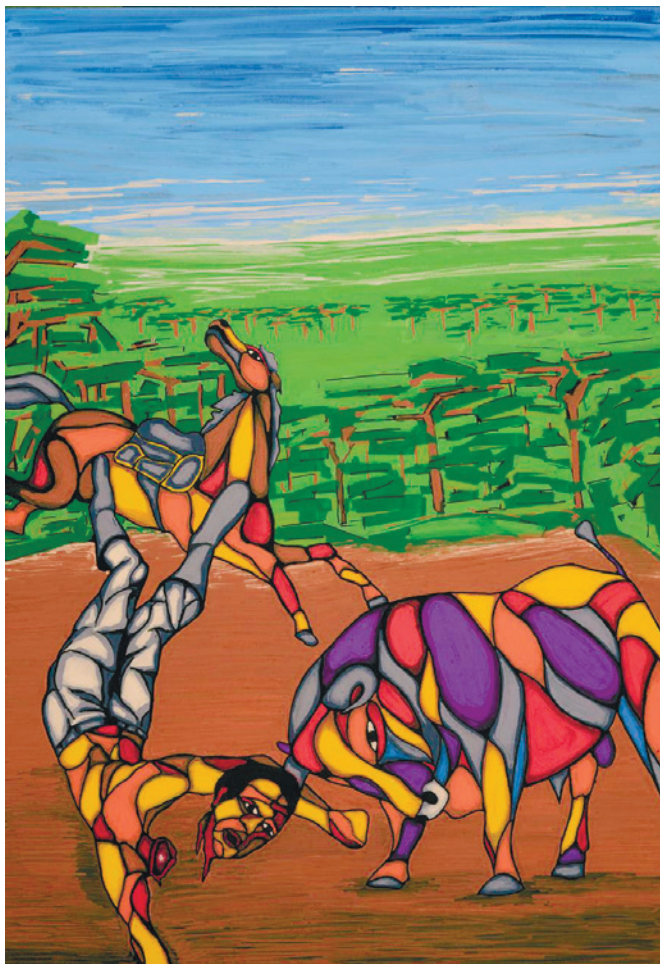
Judith Nieto

Resistir, el mensaje vigente en *La vorágine*

La vorágine puede leerse como el relato de la selva a donde llegaron Arturo Cova, el amante infiel, y Alicia, la mujer celosa de rostro de veloz palidez. De este modo, la novela cuenta una historia de amor, lograda por José Eustasio Rivera quien en su prosa da cuenta del conocimiento que tiene de aquello que habita en las honduras de la selva y del alma humana.

Así es, en la hoy celebrada novela de Rivera hay una historia que muestra la fertilidad de los llanos y de la selva amazónica colombiana y los entreveros de un amor que languidece desde sus inicios. Sí, en *La vorágine* se confirma que al corazón no lo asisten las preguntas, lo cercan el apuro sin destino y el asomo del miedo, únicos recursos que ofreció la selva a quien recorrió sus bordes oscuros antes de tener que llorar todas sus desventuras.

Pero, al lado de los acontecimientos del corazón, urge destacar que *La vorágine* se escribió sobre la superficie de la historia colombiana. A través de los renglones sinuosos se describe la atribulada geografía de la selva amazónica, cuyos te-



© Canen García, *La vorágine*, "Tragedia en el coleo", 2014

rritorios y pobladores son víctimas del despojo, la violencia y la muerte hasta hoy en día. Razones suficientes para entender que el mensaje literario de Rivera está vigente a una centuria, que pervive la denuncia del hombre que, incluso en tiempos actuales, domina, avasalla, esclaviza y mata. ¡*La vorágine*, en 1924 y en 2024, es una clara apelación a la resistencia!

II

Bautizo de dolor

Un territorio inabarcable espera a Arturo Cova, una vez emprende el viaje de aventura y huida hacia los llanos. La selva amazónica se muestra como promesa de un destino no trazado, incierto, difícil y enredado entre sus matorrales, capaz de transformarse en su superficie verde apenas entrevista en el espesor negro por donde avanzan los dos enamorados en un recorrido de amor, desventura y miedo.

¡Quién lo creyera!, se trata de un trayecto adelantado por Arturo y Alicia, de cara al abandono precipitado, entrega a la que se abocan sin detenerse a pensar que la pesadumbre también es promesa de lo inconmensurable que puede estar en la espesura y en lo agreste o en la presencia de la tosquedad que, no necesariamente es augurio, sino anuncio de turbulencia en su fondo donde el cielo para ellos se oscureció.

Así, la espesura se los traga sin señal de promesa. La tierra dilatada, donde él y ella penetran, es la misma que los consume, los condena al no retorno y al vacío donde la levedad de las hierbas contrasta con el bosque cuya naturaleza en reposo atrae y condena. Esa es la selva del Casanare y de la Amazonía que describe José Eustasio Rivera en *La vorágine*. Allí el lector se sumerge, se detiene tras cada frase y toma aliento para continuar con sus ojos sobre el prolongado renglón que hace oír el silencio sopesado, la espera tensa, la inquietud lejana y la vigencia del tiempo tembloroso de la selva, aquella que a veces se presenta esplendorosa para una fuga desesperada, donde los protagonistas reciben un “bautizo de dolor”.

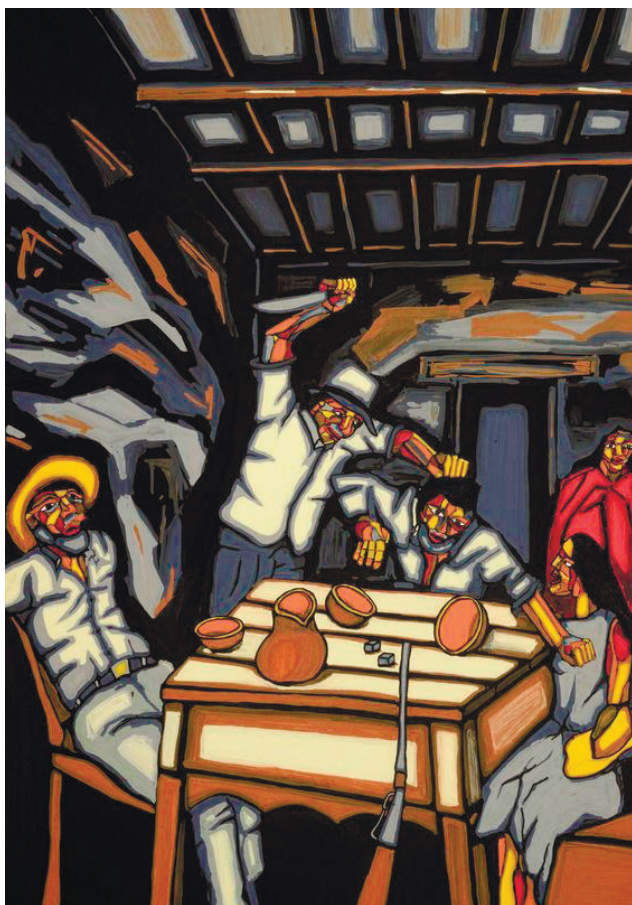
III

Sueño herido

Por momentos, las palabras parecen fugarse como si quisieran imitar a los amantes en su rumbo azaroso hacia la tiniebla de lo desconocido y a la meta impensada. La imagen de un tiempo aquietado desdibuja el ensimismamiento de Arturo Cova, quien, desconociendo los designios impuestos por el destino, jugó y perdió desde la primera partida. Sin embargo, insistió en el desafío y terminó abocado a la tenebrosidad que solo mostraba el allá lejano, la luz de la perpetuidad de los llanos y la opacidad de la selva, aquella que finalmente lo devoraría porque ¡en la selva nocturna la pesadilla escarba!

Pero el estado de fuga no se interrumpe para quienes continúan atados al extraño reto cautivador. En uno de tantos rudos amaneceres, Arturo rasga con su mirada el horizonte confuso para confirmar que no le queda más que aceptar que el sol es un sueño herido en sus alturas. La vida de quienes palidecen en medio de la persecución de no se sabe qué esperanza, es amenazada sin misericordia. Un miedo innombrable imposibilita la continuación de los pasos de quienes pretenden avanzar sobre un llano prolongado y cerrado en una selva en espesura. Sin juramento, los labios redimidos encierran un puñado de alarmante vacío. Al final, a todos los acoge la sepultura verde.

Uno y otro paisaje con sus azarosos e inabarcables horizontes cerrados se estrechan para negarles la salida a los extraviados por amor. Además, como maldición inmerecida, les impiden ver una astilla de luz. No hay quién los salve, nadie llega, ni siquiera Tántalo con su sed.



© Canen García, *La vorágine*, "La trampa", 2014

IV

Con rumbo a ninguna parte

Los protagonistas de la hoy centenaria novela emprenden su viaje por el sendero de lo desconocido con rumbo a un destino sin señales. Novela cuyos lectores celebran con entusiasmo, especialmente aquellos conmovidos ante lo que hallan en el territorio de las páginas del título *La vorágine*. Esta novela calca una gramática de la violencia y del despojo y, antinómicamente, permite apreciar cómo, por obra de las palabras, la selva, tantas veces descrita de manera siniestra, se transforma en una aparición poética que hace posible reconocer en estas letras la buena literatura, esa que abre paso al conocimiento de las cosmogonías en aquello que se enseña como *inhóspito*.

No obstante, ¡quién lo creyera!, fuera de toda cicatería, *La vorágine* amplía la visión y concepción de un país presto para que sus escritores lo renombren y lo transformen a partir de las letras. No importa si ellas salen de la hondura de impensadas geografías colombianas o de la levedad de una pluma persistente en narrar aquello que mueve a quienes, entre amores y engaños, pierden todo interés por conocer la causa de sus infortunios.

Las voces desgarradas de los personajes de la novela sobrevienen al paisaje natural y humano. De allí, Rivera logró traer lo atroz ensartado en una narrativa de solo presentes, pues los tiempos pasados reaparecen únicamente como ejemplo de una realidad que persiste en la fortaleza de cosmo-geografías grabadas en clave de llano y de espesura.

V

La balada de la selva

El contenido se lee en cada vuelta de página y convoca al conocimiento de sus protagonistas, quienes, sin norte ni brújula en el corazón, y desde antes de la partida, ignoraron el punto final del rumbo que los dirigió a ninguna parte.

En definitiva, ¡la lectura de *La vorágine* enseña que lo aterrador de lo inhóspito se puede contar con palabras!

Judith Nieto es escritora y profesora del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Coordina la Cátedra Lectores y Lecturas.

Impresiones de los Llanos

Cacería de zainos

José Eustasio Rivera

Eran las siete de la mañana cuando nos separamos a la entrada de la gran selva. Me interné por una trocha que me condujo a un zanjón de arenales crujientes, sombreado por cauchos y palmarites. Por doquiera miraba en el fango rastros frescos de tigres, chigüiros, venados y “dantas”, y de pronto retrocedía azorado al pisar los sapos verrugosos y enormes que medran a la margen de las aguas podridas. Mi machete cortaba de un tajo las lianas y los espinosos bejucos de “sardinato” que se tendían sobre la zanja formando hamacas inverosímiles, repletas de hojarascas y frutas de pasados otoños, de donde saltaban las ardillas inquietas, abriendo sobre su lomo, como un plumero, la cola de peluche suavísimo. Con los calibres de mi escopeta removía los bejuqueros cercanos, receloso de las “tayas” y de las “macaureles”, cuyo mortal veneno corta la sangre y la hace revasar por los poros en medio de los más atroces dolores.

Yo no olvidaba la advertencia de mis compañeros: “No pierdas los rumores del río, si quieres volver a vernos”. Sin embargo, ya no percibía ningún murmullo de aguas corrientes y sólo escuchaba a lo lejos las desmayadas quejas del mono “araguato”, tan doloridas y misteriosas que llenan el alma de una angustia infinita. Entonces experimenté una vaga zozobra y decidí buscar el río, siguiendo invariablemente el rumbo que me indicara la zanja.

Aguzado el oído, medí a zancadas los bancos de arena húmeda sin hacer caso de las



© Canen García, *La vorágine*, “Alucinación”, 2014

iguanas verdosas, ni de los “morrocoyes” de rojizo caparazón, ni de los “cachirres” de rugosa funda, tan parecidos a los caimanes, que desfilaban delante de mí con tardo meneo. Una y otra vez crucé el exhausto cauce, que a trechos mantenía pozos profundos de aguas amarillosas, llenos de arañas y libélulas tornasoles. De pronto sentí en la inmensidad los ladridos de un perro, y regocijado imaginé la jauría acometiendo a la manada de “zainos” feroces.

Era un ladrido agudo, suavizado por la distancia, que se desvanecía de repente. Qui-

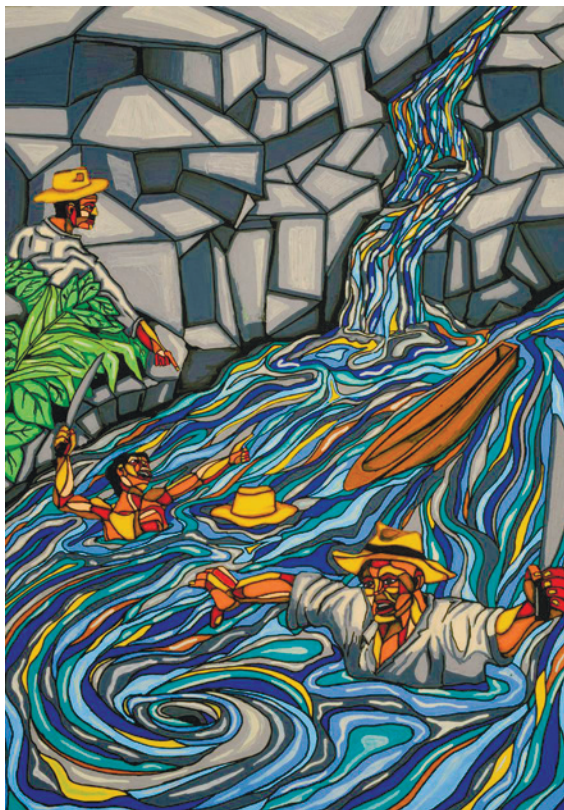
zás la sorda voz de nuestros grandes perros venía a través de los follajes adelgazada y llorona, porque su timbre me era desconocido. Indudablemente, no ladraban “Combate” ni “Vencedor”, ni “Palo negro” ni “Caronte”, pero el ladrido se me acercaba, estimulando mi afán de correr a su encuentro. ¡Mas cuál sería mi pasmo cuando media hora después sentí sobre mi cabeza el ladrido que perseguía! Pronto descubrieron mis ojos sobre la copa de un caimitero las parejas de “yátaros” ladrones que, con sus anchos picos de oro, tan largos como una hoz, saltaban desgranando los gajos maduros y haciendo fulgir en la luz el sepia, el verde mar y el rubí de sus lustrosos plumajes.

La aguja de mi reloj señalaba las nueve, y el sol filtraba sus rayos por entre las frondas estremecidas, salpicando las hojarascas del suelo con grandes manchas luminosas y móviles, codiciadas por enormes lagartos y arañas tremendas que salían a adormilarse bajo el reflejo. De las telarañas suspendidas a manera de anchos columpios salía el ronco zumbido de los cucarrones aprisionados por tarántulas tan grandes como mis puños y cubiertas de un vello erizado y maligno. Millares de abejas runruneaban, revoloteando sobre los hobos fragantes, y algunas al sentirme, ingresaban en la densa nube de zancudos que me perseguía, obligando más y más a mis manos a agitarse sobre mi rostro y a desenredarlas de mis cabellos.

Hacía ya dos horas que vagaba solo entre aquella selva imponente, pródiga en peligros de toda clase. Aunque además de los churucos pirueteadores, veía doquiera rastrojos, y a corta distancia, los corcobados, las camaranas, los carpinteros de azabache y gualda, las “chilacoas” de rojizo calzón y cromadas plumas, las chorólas tristesísimas que ayeán como una flauta, mi escopeta

seguía silenciosa. Pájaros de encendidos plumajes saltaban en las palmeras de canánguche, en los cumares y moriches, y las comadrejas de rabo desnudo, desde lo alto de los troncos guarecedores se asomaban a la puerta de sus agujeros ensayando leves gruñidos. Pero nada valía mi entusiasmo de cazador entre aquella naturaleza abrumante, y hasta me sentía temeroso de turbar el silencio con un disparo. Hacía rato que la manada de micos de todo pelo me seguía paralela por sobre los árboles menores. Algunos se adelantaban y suspendidos del rabo a la altura de mi cabeza hacían extraños visajes, o ladeando el rostro sobre las manos me curioseaban silbándome ... Otros se descolgaban a observar en los bejucos lechosos el tajo de mi machete o me tiraban chamizas y corocitos. Las madres se devolvían a pasar sus hijos de un árbol a otro, y meciéndolos al extremo de sus brazos larguísimos, los aventaban sobre los follajes cercanos con una precisión admirable, o los cargaban sobre la nuca sin cuidarse de sostenerlos. Vi muchos que retorciendo las hojas frescas trepaban a los troncos a tapar los agujeros de las comadrejas, con ademanes risibles y picarescos, o se distraían atrapando abejones entre las macetas floridas.

Al fin, por entre un claro del monte divisé los playones del río. Antes de salir a ellos maté un hermoso paujil, y mientras examinaba el ave muerta, semejante a un pavo, de color negro-azul y rizado copete, oí rodar hacia mí, por entre las marañas salvajes, un trueno intermitente y profundo coreado por gruñidos chillones, chasquidos y castañetazos. A poco vi moverse los palmitales y bajar a la zanja, por debajo de un guarumo caído, cosa de una treintena de puercos que, alarmados por el escopetazo, se ponían en marcha. De pelaje grismoro, cariblanco y carinegro, los zainos, de pe-



© Canen García, *La vorágine*, "El remolino de la arrogancia", 2014

queño tamaño y ruidosos colmillos, trotaban moviendo a compás sus orejas vellosas y deteniéndose a recoger los caímos maduros. Los machos, encelados y peleadores, se desgarraban a colmillazos, entre gruñidos terribles, mientras las hembras se tendían momentáneamente sobre el fango mullido hasta que el guía, adelantando diez pasos de la manada, continuaba su trotecito entre un rumor de trueno soterrado y distante.

Desde las altas raíces del higuerón en que estaba trepado, martillé mi escopeta, más o menos a setenta metros, sobre un ejemplar que se detuvo a remover con la trompa las hojarascas, y al instante lo vi dar un salto y voltear rápidamente sin lanzar un solo chillido. Súbita la manada se dispersó gruñendo, y erizado el cerdaje y alto el hocico,

retrocedió hacia el moribundo, chasqueando los dientes. Antes de que me descubrieran, disparé de nuevo y todos se pusieron en fuga.

Entonces corrí a las playas y tuve grande alegría al ver a un llanero que amarraba su "curiara" para entrar en la selva a buscar-me. Presurosos llegamos al lugar donde estaban los "zainos" muertos. — ¡Suba usted aquí, aliste la escopeta y aguárdeme!

Lo vi seguir en la dirección que tomaron los puercos, puso rodilla en tierra, y después pegando la lengua en el paladar producía sonidos rotundos y secos, semejantes a los de la botella que se descorcha, y ahuecando las manos daba palmetazos sonoros. Rabiosa, la manada gruñó a lo lejos, y abierta en semicírculo avanzó hacia nosotros mascando las malezas y los bejucos.

Mientras mi compañero les palmoteaba, yo hacía fuego sobre los que mordían el árbol en que nos habíamos encaramado. A veces el llanero los lanceaba con su cuchillo o les disparaba mi revólver a quemarropa. Inyectados los ojos, erectas las púas, entre gruñidos y chocar de dientes las alimañas morían sin retroceder o se lanzaban sobre los heridos a olerles la sangre y a darles toques hasta obligarlos a salir del semicírculo trágico. Cuando a las dos de la tarde atracamos en el puertecito de la fundación, sacaron del fondo de la "curiara" once zainos muertos.

Texto publicado por primera vez en el Suplemento Literario de *La Patria*, Bogotá, número 855, 20 de febrero de 1916, pp. 4-5.

PROGRAMACIÓN

ABRIL / 2024

Conversatorios y cátedras

Páginas abiertas
Un libro siempre descubre lectores

Presentación del libro:

Las travesías

El autor **Gilmer Mesa** conversa con el periodista **Alfonso Buitrago**.

Abril 04 2024 | Jueves 6:30 p.m. | Paraninfo, Edificio San Ignacio

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA



Hablemos de ARQUEOLOGÍA DEL VALLE DE ABURRÁ EN EL PERIODO PREHISPÁNICO

Casos de estudio desde la arqueología preventiva en los últimos 15 años (2009-2023)

Invitado: **Pablo Aristizábal Espinosa**
Arqueólogo PhD. Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París

Abril 17 2024 | Miércoles 4:00 p.m. | Universidad de Antioquia MUUA - Bloque 15 Auditorio

Informes: educacionmuseo@udea.edu.co

MUUA

Créditos fotografía: Sitio de Induaménica. Pablo Aristizábal



Miércoles 24

4:00 p. m. Hablemos de... Descifrando la cerámica arqueológica: fechamiento y peritaje por el método de termoluminiscencia

Lugar: MUUA Bloque 15/Auditorio

Invita: División de Cultura y Patrimonio

6:00 p. m. ¿Qué hace la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas (UBPD)?

Ojo al contexto

Lugar: Auditorio Principal Edificio de Extensión

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Viernes 26

10:00 a. m. Cátedra Lectores y Lecturas. Patti Smith: su poesía y su canto

Juan Antonio Agudelo en conversación con Victoria Valencia

Lugar: Auditorio Planta Baja Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

Invita: Sistema de Bibliotecas

Más información: <https://bit.ly/3SgsQfv>

Visitas guiadas

Extensión Cultural
#UdeACultura

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

VISITA TEMÁTICA
Urbanismo, arquitectura y obra pública en la UdeA

Abril 05 2024

Viernes 2:00 p.m.

Bloque 16
Punto de Información
Campus Medellín
Ciudad Universitaria

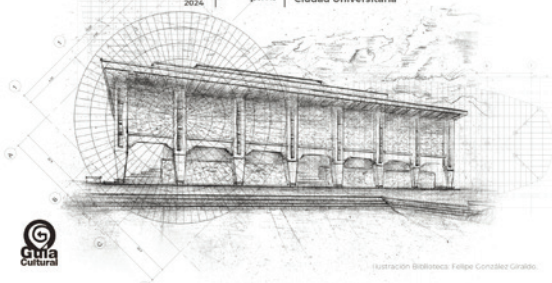


Ilustración Bibliotecaria: Felipe González Galindo.



Recorridos guiados con el Programa Guía Cultural por la Universidad de Antioquia

Invita: División de Cultura y Patrimonio
Más información: <https://bit.ly/3rJW4H5>

Recorridos guiados por el Museo Universitario Universidad de Antioquia

Tipos de mediación que encuentras en el MUUA:
Antropología, Ciencias Naturales, Arte, Historia, general
Invita: División de Cultura y Patrimonio
Más información: <https://bit.ly/3ywRcZA>

Lunes 22

4:00 p. m. Recorrer, contemplar y conversar: Carlos Gaviria Díaz

Visita temática

Lugar: Bloque 16/Presencial

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información e inscripción: <https://bit.ly/3VrOBMG>

Exposiciones

Colección de Antropología "Graciliano Arcila Vélez"

Sala de larga duración de la colección de Antropología

Lugar: Museo Universitario Universidad de Antioquia (MUUA)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3W0A7Bt>

Colección de Ciencias Naturales "Francisco Antonio Uribe Mejía"

Sala de larga duración de la colección de Ciencias Naturales

Lugar: Museo Universitario Universidad de Antioquia (MUUA)

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3SEMtfD>

El camino de la búsqueda

8:00 a. m. a 5:00 p. m.

Durante el mes de abril

Lugar: hall del segundo piso del Edificio de Extensión – Campus Medellín

Invitan: Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas, la Unidad Hacemos Memoria y la División de Cultura y Patrimonio de la Vicerrectoría de Extensión de la Universidad de Antioquia

Más información: <https://acortar.link/wdx0Ao>

Cuando la muerte empezó a caminar por aquí.

Exposición antológica de Juan Manuel Echavarría

Hasta el 18 de mayo de 2024

Lugar: Museo Universitario Universidad de Antioquia MUUA

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://bit.ly/3ryOyIL>

Cine

Lunes 1

4:00 p. m. "Visa USA", Lisandro Duque Naranjo,
Colombia, 1986, 90'
Grupo de Estudios Fílmicos

Ciclo: "El neoliberalismo en el cine"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Grupo de Estudios Fílmicos

Martes 2

12:00 p. m. "Relatos salvajes", Damian Szifron, Argentina, 2014, 122',
El Gabinete
Ciclo: "Relaciones: Tú, Yo, Los otros"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

4:30 p. m. "Climax", Gaspar Noé, Francia, 2018, 97'
Cineclub La mirada distante
Ciclo: "El núcleo se ha desintegrado"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Departamento de Antropología

6:00 p. m. "El faro de las orcas", Gerardo Olivares, España, 2016, 110'
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Miradas desde el espectro autista"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Miércoles 3

2:00 p. m. Productos audiovisuales del pregrado en Comunicación Audiovisual y Multimedial
Ciclo de cine especial
Lugar: Auditorio Principal del Edificio de Extensión

4:00 p. m. "Operación ogro", Gillo Pontecorvo, España, 1979, 100'
Cineclub Utopía Latinoamericana
Ciclo: Cine de autor: Gillo Pontecorvo
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

4:00 p. m. "La Tierra", Alastair Fothergill y Mark Linfield, Reino Unido y Estados Unidos, 2007, 96', [Idioma original]
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Nuestro mundo, riqueza en peligro"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Jueves 4

3:00 p. m. "Straw dogs", Sam Peckinpah, Estados Unidos, 113'
KXVRX Cineclub
Ciclo: "Home invasion movie"
Lugar: Sala de Cine del Edificio San Ignacio
Organiza: KXVRX colectivo

6:00 p. m. "Todas las mañanas del mundo", Alain Corneau, Francia, 1991, 115'

Cine-Foro 'En Construcción'
Ciclo: "La expiación de la imagen"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Instituto de Filosofía

6:00 p. m. "Extremely Loud and Incredibly Close", Stephen Daldry, Estados Unidos, 2011, 129'
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Miradas desde el espectro autista"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Viernes 5

4:00 p. m. "Temporada de festivales: lo mejor de los UK Music Video Awards"
Múltiples directores, 60' – 12 Videoclips
Soundieclub
Ciclo: "Temporada de festivales: lo mejor de los UK Music Video Awards"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Facultad de Comunicaciones y Filología, Comunicación Audiovisual y Multimedial

4:00 p. m. "2012: La profecía final", Story House Productions, Reino Unido, 2009, 50', [Idioma original]
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Nuestro mundo, riqueza en peligro"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Lunes 8

4:00 p. m. "La estrategia del caracol", Sergio Cabrera, Colombia, 1993, 115'
Grupo de Estudios Fílmicos
Ciclo: "El neoliberalismo en el cine"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Grupo de Estudios Fílmicos

Martes 9

12:00 p. m. "The Banshees of Inisherin", Wes Anderson, Estados Unidos, 2007, 92'
El Gabinete
Ciclo: "Relaciones: Tú, Yo, Los otros"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

4:30 p. m. "Terrorista", Edward Yang, Taiwán, 1986, 110'
Cineclub La mirada distante
Ciclo: "El núcleo se ha desintegrado"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Departamento de Antropología

6:00 p. m. "The Black Balloon", Elisa Down Australia, 2008, 97'

Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Miradas desde el espectro autista"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Miércoles 10

4:00 p. m. "Queimada", Gillo Pontecorvo, Italia, 1969, 132'
Cineclub Utopía Latinoamericana
Ciclo: Cine de autor: Gillo Pontecorvo
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

4:00 p. m. "Deep Blue", Alastair Fothergill y Andy Byatt, Reino Unido, 2003, 90', [Idioma Original]
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Nuestro mundo, riqueza en peligro"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Jueves 11

3:00 p. m. "Los otros", Alejandro Amenabar, Estados Unidos, 105'
KXVRX Cineclub
Ciclo: "Home invasion movie"
Lugar: Sala de Cine del Edificio San Ignacio
Organiza: KXVRX colectivo

6:00 p. m. "Paisaje en la niebla", Thóodoros Angelópoulos, Grecia, 1988, 120'
Cine-Foro 'En Construcción'
Ciclo: "La expiación de la imagen"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Instituto de Filosofía

6:00 p. m. "Mozart and the Whale", Petter Naess, Estados Unidos, 2005, 92'
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Miradas desde el espectro autista"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Viernes 12

4:00 p. m. "Touki Bouki" (La travesía de la Hiena), Djibril Diop Mambéty, Senegal, 1973, 90'
'Alucine' Cine-Club
Ciclo: "Éxtasis, Agonía... ¡Huida!"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Facultad de Derecho y Ciencias Políticas

4:00 p. m. "Avatar", James Cameron, Estados Unidos, 2009, 162', [Idioma Original]
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Nuestro mundo, riqueza en peligro"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Lunes 15

4:00 p. m. "Amores perros", Alejandro González Iñárritu, México, 2000, 154'
Grupo de Estudios Fílmicos
Ciclo: "El neoliberalismo en el cine"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Grupo de Estudios Fílmicos

Martes 16

12:00 p. m. "Yi Yi", Edward Yang, Japón, 2000, 173'
El Gabinete
Ciclo: "Transición"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

4:30 p. m. "La actriz milenaria", Satoshi Kon, Japón, 2001, 87'
Cineclub La mirada distante
Ciclo: "El núcleo se ha desintegrado"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Departamento de Antropología

6:00 p. m. "Yo soy Sam", Jessie Nelson, Estados Unidos, 2001, 132'
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Miradas desde el espectro autista"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Miércoles 17

4:00 p. m. "Kapò", Gillo Pontecorvo, Italia, 1960, 120'
Cineclub Utopía Latinoamericana
Ciclo: Cine de autor: Gillo Pontecorvo
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

4:00 p. m. "Río", Carlos Saldanha, Estados Unidos, 2011, 96', [Idioma Original]
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Nuestro mundo, riqueza en peligro"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Jueves 18

3:00 p. m. "Mientras duermes", Jaume Balagueró, España, 107'
KXVRX Cineclub
Ciclo: "Home invasion movie"
Lugar: Sala de Cine del Edificio San Ignacio
Organiza: KXVRX colectivo

6:00 p. m. "El desierto rojo", Michelangelo Antonioni, Italia, 1964, 117'
Cine-Foro 'En Construcción'

Ciclo: "La expiación de la imagen"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Instituto de Filosofía

6:00 p. m. "Cries from the Heart", Michael Switzer, Estados Unidos, 1994, 93'
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Miradas desde el espectro autista"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Viernes 19

4:00 p. m. "Temporada de festivales: lo mejor de los mvf_br, el Buenos Aires Music Video Festival y el Bogotá Music Video Festival"
Múltiples directores, 60' – 12 Videoclips
Soundieclub
Ciclo: "Temporada de festivales: lo mejor de los mvf_br, el Buenos Aires Music Video Festival y el Bogotá Music Video Festival"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Facultad de Comunicaciones y Filología, Comunicación Audiovisual y Multimedial

4:00 p. m. "12 Monkeys", Terry Gilliam, Estados Unidos, 1995, 129', [Idioma Original]
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Nuestro mundo, riqueza en peligro"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Lunes 22

4:00 p. m. "Apocalipsur", Javier Mejía, Colombia, 2005, 101'
Grupo de Estudios Fílmicos
Ciclo: "El neoliberalismo en el cine"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Grupo de Estudios Fílmicos

Martes 23

12:00 p. m. "Singing' in the Rain", Stanley Donen, Gene Kelly, Estados Unidos, 1952, 103'
El Gabinete
Ciclo: "Transición"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

4:30 p. m. "Tenemos que hablar de Kevin", Lynne Ramsay, Estados Unidos, Reino Unido, 2011, 112'
Cineclub La mirada distante
Ciclo: "El núcleo se ha desintegrado"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Departamento de Antropología
6:00 p. m. "Me llaman Radio", Michael Tollin, Estados Unidos, 2003, 109', [Subtítulos en inglés]

Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Miradas desde el espectro autista"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Miércoles 24

4:00 p. m. "La batalla de Argel", Gillo Pontecorvo, Argelia, 1966, 120'
Cineclub Utopía Latinoamericana
Ciclo: Cine de autor: Gillo Pontecorvo
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

4:00 p. m. "The Wild Child", François Truffaut, Francia, 1970, 85', [Idioma Original]
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Nuestro mundo, riqueza en peligro"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Jueves 25

3:00 p. m. "Nuevo orden", Michel Franco, México, 82'
KXVRX Cineclub
Ciclo: "Home invasion movie"
Lugar: Sala de Cine del Edificio San Ignacio
Organiza: KXVRX colectivo

6:00 p. m. "Frágil como o mundo", Rita Azevedo Gomes, Portugal, 2002, 90'
Cine-Foro 'En Construcción'
Ciclo: "La expiación de la imagen"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Instituto de Filosofía

6:00 p. m. "Temple Grandin", Mick Jackson, Estados Unidos, 2010, 107', [Subtítulos en inglés]
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Miradas desde el espectro autista"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Viernes 26

4:00 p. m. "Sayat Nova" (El color de la granada), Serguéi Paradzhánov, Armenia, 1969, 79'
'Alucine' Cine-Club
Ciclo: "Éxtasis, Agonía... ¡Huida!"
Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)
Organiza: Facultad de Derecho y Ciencias Políticas

4:00 p. m. "Mountains of the Moon", Bob Rafelson, Estados Unidos, 1990, 140', [Idioma Original]
Tardes de cine en el Paraninfo
Ciclo: "Nuestro mundo, riqueza en peligro"
Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Lunes 29

4:00 p. m. **"Barbarian"**, Zach Cregger, Estados Unidos, 2022, 102'

Grupo de Estudios Fílmicos

Ciclo: "El neoliberalismo en el cine"

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

Organiza: Grupo de Estudios Fílmicos

Martes 30

12:00 p. m. **"Raging Bull"**, Martin Scorsese, Estados Unidos, 1980, 129'

El Gabinete

Ciclo: "Transición"

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

4:30 p. m. **"Mur murs"**, Agnès Varda, Francia, 1980, 82'

Cineclub La mirada distante

Ciclo: "El núcleo se ha desintegrado"

Lugar: Sala de Cine Luis Alberto Álvarez (10-217)

Organiza: Departamento de Antropología

6:00 p. m. **"Please, Stand By"**, Ben Lewin, Estados Unidos, 2017, 93'

Tardes de cine en el Paraninfo

Ciclo: "Miradas desde el espectro autista"

Lugar: Sala de Cine Edificio San Ignacio

Música



Sábado 20

11:00 a. m. Orquesta Juvenil

Tocando en la U

Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Jueves 25

6:00 p. m. Temporada de Piano/Teresita Gómez

Temporada de Piano

Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Teatro

Miércoles 17

6:00 p. m. ¿Cómo ser una diva sin volverse una mierda?

Zulima Ochoa

Teatro

Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Sábado 27

11:00 a. m. Las Aventuras del maestro ratón/IEJR

Danza

Lugar: Teatro Universitario Camilo Torres Restrepo

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Otras Alternativas

Viernes 5

9:00 a. m. a 3:00 p. m. La Canasta de la U, Mercado Agroecológico

Evento presencial

Lugar: Campus Medellín. Ciudad Universitaria. Epopeya del café, costado oriental del Teatro universitario

Invita: *Corporación académica ambiental*

Miércoles 10

4:00 p. m. Desinformación en Colombia

Ojo al contexto

Lugar: Auditorio Principal Edificio de Extensión

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Más información: <https://udearroba.zoom.us/j/98739304627>
o también puedes seguir la transmisión por nuestro YouTube Live: @fcomunicacionesyfilologiaudea

Sábado 20

10:20 a. m. ¿Puedo estar felizmente aburrido de mis enojos?

Cuentos de colección

Lugar: Bloque 15 MUUA. Hall de Ingreso

Invita: División de Cultura y Patrimonio

Actividad gratuita (sin inscripción previa)

Cupos limitados (Max 12 personas)

Más información en: <https://bit.ly/40H8IG4>

Viernes 26

9:00 a. m. a 3:00 p. m. La Canasta de la U, Mercado Agroecológico

Evento presencial

Lugar: Campus Medellín. Ciudad Universitaria. Epopeya del café, costado oriental del Teatro universitario

Invita: *Corporación académica ambiental*

Del 22 de febrero al 20 de junio

7:00 p. m. ¡Celebremos 100 años de La vorágine!

Ciclo de lectura

Todos los martes y jueves

Lugar: Plataforma Zoom

Invita: *Facultad de comunicaciones y filología*



Programación abril

Edades: 4 a 12 años / Grupos familiares



06 <i>Museología para niños</i> Taller: Eternos caminantes 10:20 a. m. / MUUA Hall de ingreso / Inversión \$6.500 <i>Títeres en escena</i> Obra: Sol, solecito descansa un poquito 11:30 a. m. / MUUA 15-301 / Actividad gratuita	20 <i>Cuentos de colección</i> Taller: ¿Puedo estar felizmente aburrido de mis enojos? 10:20 a. m. / MUUA Hall de ingreso / Actividad gratuita <i>Títeres en escena</i> Obra: Los secretos del Quijote 11:30 a. m. / MUUA 15-301 / Actividad gratuita
13 <i>Tallernautas</i> Taller: DominoZoo: Conecta a los animales 10:20 a. m. / MUUA Hall de ingreso / Inversión \$6.500 <i>MUUAcción</i> Taller: Voz, escritura e historia 11:30 a. m. / MUUA Hall de ingreso / Actividad gratuita	27 <i>Tallernautas</i> Taller: "Pangea Puzzles: aventura dino-ensamble" 10:20 a. m. / MUUA Hall de ingreso / Inversión \$6.500 <i>MUUAcción</i> Actividad: Experimentación de la evolución en el cuerpo 11:30 a. m. / MUUA Hall de ingreso / Actividad gratuita



INVESTIGACION



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA



**10° Premio Nacional de Música,
Modalidad Músicas Populares**

**10° Premio Nacional de Acción Cultural,
Modalidad Gestión Cultural**

**40° Premio Nacional de Literatura,
Modalidad Poesía**

**47° Premio Salón Nacional de Artes,
Modalidad Exposición Colectiva**

Presenta tu propuesta hasta
el viernes 28 de junio de 2024

¡POSTÚLATE!

Apoya:

Comfénalco
Antioquia

Ministerio de Cultura

Currículo

poes

M

“La voz solemne de la selva lejana”, cien años de *La vorágine*

ac

ISSN 0124-0854

- 
- 1 Editorial
“La voz solemne de la selva lejana,
cien años de *La vorágine*
Doris Elena Aguirre Grisales
 - 3 Una rama dorada en la selva
amazónica
Juan Carlos Orrego Arismendi
 - 7 Naturaleza y secularización en
La vorágine
Norma Donato Rodríguez
 - 13 La vorágine de José Eustasio Rivera
Antonio Caballero
 - 16 Un viaje por *La vorágine*
Martín Franco Zuluaga
y Manuella González Ochoa
 - 20 Hostil desconsuelo
Judith Nieto
 - 23 Impresiones de los llanos
Cacería de zainos
José Eustasio Rivera
 - 26 Programación cultural